

# Manjares envueltos en papel

Cómo un hallazgo inesperado  
perpetuó la memoria de Galileo

CARLOS DÍAZ REDONDO | @carlosdiazred

*Una vez, hace mucho tiempo, un sabio me dijo que los hallazgos más valiosos que haría en la vida se me cruzarían por sorpresa en el camino, así de repente, sin que hiciese nada especial por encontrarlos. Ahora, después de mucho rebelarme, comprendo que es cierto. Estas serendipias maravillosas, que vienen a cambiar el curso de las vidas, caen sin esperarlo del cielo. Y nunca mejor dicho, porque hoy vamos a hablarles de una de las figuras más relevantes que nos ha dado la Humanidad: el astrónomo y humanista, entre muchas otras ocupaciones, Galileo Galilei*





defender a ultranza a su mentor. Según nos narra el físico Giovanni Battista Venturi en la obra *"Memorie e lettere inedite finora o disperse di Galileo Galilei"*, impresa en Módena entre 1818 y 1821, Viviani consumió su juventud recopilando las obras de su maestro, comprándolas a sus herederos o a otros intelectuales de la época. Para no ser señalado él mismo por el tenebroso fantasma de la Inquisición, que como ya hemos comentado no hacía buenas migas con las teorías del astrónomo, las puso a

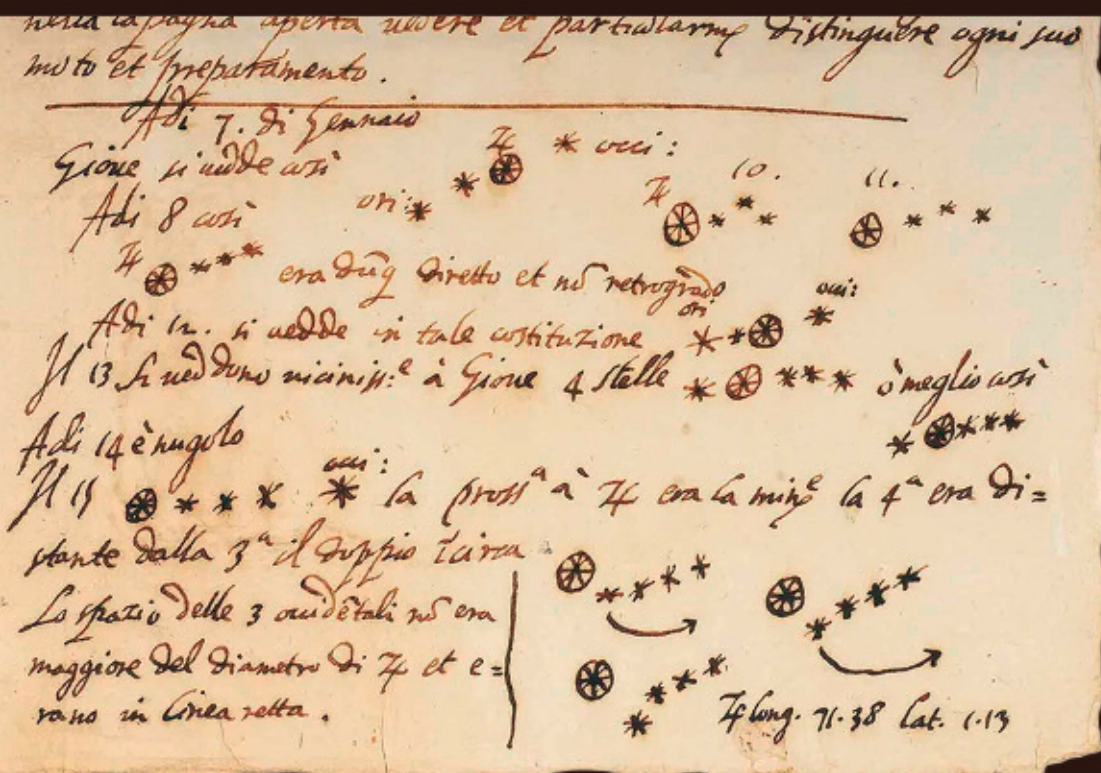
en 1737, sus sobrinos nietos se deshicieron de los papeles que allí se guardaban, vendiéndolos a peso, como papeles reutilizados sin valor alguno, a comerciantes que, consciente o inconscientemente, los utilizaron para envolver sus mercancías.

Dos años después, en la primavera de 1739, otro intelectual, el doctor Giovanni Lami, acudía alegre a cenar, acompañado de otros tantos colegas, a la Osteria del Ponte delle Mosse. Entre estos amigos se encontraba el sena-

nos a la cabeza. Aquella hoja reutilizada, ahora llena de grasa, presentaba una fina escritura en la que Nelli reconoció inmediatamente la letra de Galileo. Con sumo cuidado, tomó la carta, la limpió como bien pudo, la dobló y la guardó en el bolsillo del gabán. Al terminar la cena, corrió a la casa de Cioci, donde averiguó que el criado de una familia estaba ofreciéndoles toda suerte de papeles manuscritos para envolver las carnes. Compró los pocos que allí quedaban y, algunos días más tarde, pudo hacerse con un paquete de documentos aún mayor. Para el año 1750, había logrado reunir, por apenas unas monedas, el mayor legado manuscrito de Galileo.

A partir de entonces, pasó gran parte de su vida reordenando estos papeles y estudiándolos con celo. Con ellos, reconstruyó la vida del célebre astrónomo y la de alguno de sus discípulos, publicándola, junto con algunas obras póstumas y parte de su epistolario, en la *"Vita e commercio letterario di Galileo Galilei, nobile e patrizio fiorentino"*, impresa en 1793. A su muerte, este notable tesoro se incorporó a los archivos de la ciudad de Florencia, de donde el intelectual Antonio Favaro bebió entre los siglos XIX y XX para escribir los 20 volúmenes que conforman la conocidísima *"Edizione Nazionale"*, obra hoy de referencia para los académicos galileanos.

Pues bien, ahora nuestros lectores saben, y ya todos hemos aprendido la lección. Cuando se vean tentados a despreciar una serendipia, por muy chusca que parezca, recuerden al pobre de Galileo. A veces la vida, con su capricho, hace y deshace, haciendo de lo cierto incierto. Pero cuando algo cae del cielo sin venir a cuento, aunque sea mortadela envuelta en un trozo de papel, confíen. Es por algo. ■



buen recaudo, escondiéndolas en un pozo de trigo. Entre aquellos tesoros, se encontraba el famoso manuscrito titulado *"De Motu Antiquiora"*, considerado la primera obra conocida del astrónomo. Sin embargo, llegó la muerte con su guadaña, y habiéndose llevado a Viviani en 1703, la obra de Galileo quedó a la suerte de los acontecimientos. Inmediatamente, la casa en la que se encontraba el pozo de trigo pasó a manos de un sobrino de Viviani, el abad Jacopo Panzanini. Y muerto también éste

ador Battista Clemente Nelli, a quien Lami había pedido que hiciera una parada en el establecimiento de un famoso tendero llamado Cioci para comprar un par de libras de uno de sus manjares más afamados: mortadela. Y Nelli así lo hizo. Horas más tarde, ya reunidos en la mesa, el senador pidió un plato para colocar el embutido grasiento. Al sacar de su sombrero el paquete y abrir la envoltura de papel con la que Cioci había protegido la mortadela, con- tuvo un grito y se llevó las ma-